

Jane Flax

Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios

Introducción a la edición española de Silvia Tubert

EDICIONES CÁTEDRA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
INSTITUTO DE LA MUJER

Feminismos

Consejo asesor:

Giulia Colaizzi: Universidad de Minnesota / Universitat de València
María Teresa Gallego: Universidad Autónoma de Madrid
Isabel Martínez Benlloch: Universitat de València
Mercedes Roig: Instituto de la Mujer de Madrid
Mary Nash: Universidad Central de Barcelona
Verena Stolcke: Universidad Autónoma de Barcelona
Amelia Valcárcel: Universidad de Oviedo
Olga Quiñones: Instituto de la Mujer de Madrid

Dirección y coordinación: Isabel Morant Deusa: Universitat de València

Título original de la obra:
Thinking Fragments: Psychoanalysis, Feminism and Postmodernism
in the Contemporary West

Traducción: Carmen Martínez Gimeno

Diseño de cubierta: Carlos Pérez-Bernúdez

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el art. 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© 1990 by The Regents of the University of California
University of California Press

Berkeley, Los Angeles, California

Published by arrangement with the University of California Press
Ediciones Cátedra, S. A., 1995

Juan Ignacio Luca de Tena, 15, 28027 Madrid

Depósito legal: M. 13.174-1995

I.S.B.N.: 84-376-1334-5

Printed in Spain

Impreso en Gráficas Rógar, S. A.

Pol. Ind. Cobo Calleja, Fuenlabrada (Madrid)

Introducción a la edición española

Este libro se sitúa en una encrucijada entre diversas disciplinas y podría muy bien considerarse como una culminación de la historia de las complejas y polémicas relaciones entre el psicoanálisis y el feminismo teórico.

Nacidas en la transición del siglo XIX al XX, se puede observar que ambas corrientes de pensamiento comparten algunas peculiaridades interesantes:

1. Tanto el psicoanálisis como el feminismo, más allá de sus aportaciones al saber acerca del ser humano, se han constituido como modos de cuestionamiento de los conocimientos establecidos, por lo que se sitúan en la dimensión del pensamiento crítico. En efecto, ambos han producido sendas «revoluciones» científicas, que condujeron a la sustitución de unos paradigmas por otros nuevos y a la transformación de la manera en que el ser humano se percibe a sí mismo; ambos han incidido profundamente, quizás mucho más que cualquier otra teoría contemporánea, en la historia y en la sociedad occidentales de nuestro siglo. Pero, en tanto formas del pensamiento crítico, no sabrían constituir sistemas cerrados: el psicoanálisis, en la obra de su fundador, presenta muchos puntos ambiguos, enigmáticos y contradictorios. Son estos problemas no resueltos los que justifican el interés que los textos freudianos siguen suscitando y los que han dado lugar, precisamente, al desarrollo de una

cantidad considerable de perspectivas o *secuelas* diferentes que, sin embargo, no dejan de reivindicar su pertenencia al campo psicoanalítico. Asimismo, huelga decir que sería más correcto hablar de *feminismos* que de feminismo, dada la diversidad de concepciones, incluso antagónicas, que se han desarrollado en su seno.

2. Tanto para el psicoanálisis como para el feminismo, en el eje de sus investigaciones y desarrollos teóricos se localiza la cuestión de la diferencia entre los sexos. Si bien es cierto que no existe ningún discurso que no esté marcado por esa diferencia y por la manera en que se la concibe, la diferencia misma no había sido abordada nunca por la filosofía, no había llegado a constituirse como *filosofema*¹, y no había encontrado otro espacio que el de la literatura, a pesar de tratarse de una cuestión esencial que atraviesa nuestra existencia, nuestra experiencia y nuestro conocimiento. En efecto, para Freud, lo que se presenta como *enigma de la femineidad*, no se podrá resolver hasta tanto no lleguemos a saber cómo se ha originado la diferenciación del ser viviente en dos sexos². Es decir, el acento se desplaza desde la concepción de la mujer, la *feminidad*, o la *sexualidad femenina* —que no se pueden considerar independientemente sin caer en alguna forma de esencialismo— hacia el problema de la *diferencia misma*, en cuyo seno habrán de constituirse tanto el hombre como la mujer como sujetos sexuados, o sea, productos de una división.

3. Ambos mantienen una relación doble con el pensamiento ilustrado: hijos de la modernidad, en el intento por llevar las premisas de la ilustración hasta sus últimas consecuencias, han mostrado, por ello mismo, sus límites y falencias, y han cuestionado sus pretensiones imposibles —la igualdad, la universalidad, la racionalidad— y sus promesas incumplidas —el progreso y la felicidad. El

ejemplo fundamental corresponde a la concepción de la razón y sus alcances: tanto el psicoanálisis como el feminismo han pretendido ampliar los dominios de la razón hasta aquellos terrenos a los que aún no había llegado, pero ello no les impidió demostrar la imposibilidad de que la razón logre dar cuenta de la totalidad de los problemas que se le plantean al ser humano en cuanto al conocimiento de la naturaleza, la historia y la subjetividad, y de que ese conocimiento permita lograr un control de las fuerzas naturales y sociales y de las propias pulsiones que haga posible, a su vez, alcanzar un progreso indefinido y la felicidad.

Es precisamente esta ambivalencia hacia la ilustración lo que justifica la opción de Jane Flax (profesora de filosofía y economía política y psicoterapeuta de orientación psicoanalítica): introducir un tercero en el diálogo entre feminismo y psicoanálisis, que permita acabar con las acusaciones especulares y fertilice la convergencia que entre ambos se ha verificado en las últimas décadas. Se trata del postmodernismo, del que hemos de decir, igualmente, que no constituye un cuerpo sistemático de la teoría sino una multiplicidad de investigaciones, propuestas y conceptualizaciones, fundamentalmente de carácter crítico. No es casual que la participación de un tercero, al alejar la apertura de cada uno de los otros dos campos, nos permita visualizar una resolución productiva de una relación dual que no careció de enfrentamientos a lo largo de la historia de las ideas de nuestro siglo, aunque ya he señalado que tampoco faltaron articulaciones fecundas. Como decía Freud, a veces puede ser útil, para resolver un problema, sumarle otro nuevo, como cuando apretamos dos nueces, una contra la otra, para partirlas.

Es indudable que el interés del psicoanálisis por la sexualidad femenina, que floreció entre los años 1925 y 1935, guarda relación con los movimientos feministas de comienzos del siglo que, más que una verdadera ideología, representaban una rebelión contra las normas que definían la femineidad burguesa victoriana, si bien es cierto que se extendía a toda la vida

¹ G. Fraisse, M. David-Ménard y M. Torr (Ed.), *L'exercice du savoir et la différence des sexes*, Paris, L'Harmattan, 1992.

² S. Freud, «La femineidad», en *Obras Completas*, T. III, Madrid, Biblioteca Nueva, 1968.

cultural³. Estos movimientos se apoyaron en la explicación de la opresión de las mujeres proporcionada por las teorías socialistas, que entendían que la subordinación del sexo femenino era un resultado de su falta de participación en los procesos de producción, marginación que se presenta como el correlato histórico de su papel reproductivo. Si bien aceptaban este fundamento socio-económico, las propuestas feministas se centraban más bien en la posibilidad de una libertad sexual que apartara a las mujeres de su función reproductiva, aparentemente responsable de su discriminación en el ámbito público.

A pesar de su oposición al carácter falocéntrico de la explicación psicoanalítica de la diferencia entre los sexos, algunas mujeres se interesaron por el psicoanálisis, en la medida en que estudiaba la sexualidad y por lo tanto representaba un cuestionamiento de las normas, valores y concepciones estabecidas. Entre ellas se contaban, fundamentalmente, mujeres culturales y políticamente radicales, que buscaban una profesión diferente de las que tradicionalmente se les habían asignado, como Edith Jacobson, Annie Reich, Helene Deutsch y Karen Horney. Su participación en el movimiento psicoanalítico, alentada y valorada por el propio Freud, condujo a una renovación del interés teórico por la sexualidad femenina.

Quizás los interrogantes que formulaban las mujeres en su búsqueda de una nueva identidad contribuyeron a generar el debate que se planteó en el seno del psicoanálisis con respecto a esta cuestión.

Hasta 1923, Freud había considerado que el desarrollo sexual infantil en mujeres y varones respondía a cierta simetría, basada en el complejo de Edipo, que anulaba, para cada uno de los sexos, el deseo erótico hacia el progenitor del opuesto y el deseo hostil hacia el progenitor del mismo sexo. Pero a partir de esa fecha, en que introdujo la noción de fase fálica⁴ y sistematizó el complejo de castración como dimensión indi-

sociable del Edipo, se establece una asimetría entre niños y niñas, en la medida en que la sexuación de ambos quedará referida a un único elemento, el falo, y a su ausencia, real o imaginaria⁵. Fue precisamente la promoción teórica del complejo de castración lo que despertó el rechazo de algunos discípulos de Freud. Aunque la contestación a esta noción y, especialmente, a su vertiente femenina, la envidia del pene, comenzó inmediatamente después de su formulación, fue a lo largo de toda la década siguiente cuando se produjeron los desarrollos más relevantes en lo que respecta a este debate, registrados en los trabajos de Karen Horney⁶, Melanie Klein⁷, Jeanne Lampl-de Groot⁸, Helene Deutsch⁹ y Ernest Jones¹⁰.

(energía propia de la pulsión sexual) que se constituye después de las fases oral y anal y se caracteriza por una unificación de las pulsiones parciales bajo la primacia de los órganos genitales. Pero, a diferencia de la organización genital puberal, los niños de ambos sexos sólo reconocen el órgano sexual masculino y la oposición de los sexos (que sólo en la pubertad se configurará como la polaridad masculino-femenino) se identifica con la oposición fálico-castrado. Es en el estadio fálico donde culmina el complejo de Edipo, que queda así profundamente articulado con el complejo de castración: miedo a la castración en el varón y envidia del pene en la mujer, ambos resultantes del fantasma de castración que explica el enigma de la diferencia de los sexos suponiendo que las mujeres han sido castradas.

⁵ Es interesante observar la secuencia de los textos escritos por Freud en esta época: «La organización genital infantil» (1923), «El final del complejo de Edipo» (1924) y «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica» (1925), donde introduce la fase fálica, sistematiza las relaciones entre Edipo y castración y, finalmente, reformula su concepción de la diferencia entre la configuración sexual de niños y niñas.

⁶ K. Horney, «Sobre la génesis del complejo de castración en las mujeres» (1924), en *Psicología femenina*, Madrid, Alianza, 1977.

⁷ M. Klein, «Los primeros estadios del complejo de Edipo» (1928), en *El psicoanálisis de niños*, Buenos Aires, Hormé, 1964.

⁸ J. Lampl-de Groot, «The evolution of the Oedipus Complex in Women» (1928), *International Journal of Psychoanalysis*, IX, 1928.

⁹ H. Deutsch, «Psychology of Women in relation to the Function of Reproduction» (1925), *Int. Journal of Psychoanalysis*, VI, 1925.

¹⁰ E. Jones, «The Early Development of Female Sexuality», *Int. J. Psch.*, VIII, 1927; «The phallic Phase», *Int. J. Psch.*, XIV, 1933.

³ C. Zanardi, «Introduction», en: C. Zanardi (Ed.): *Essential Papers on the Psychology of Women*, Nueva York-Londres, New York University Press, 1990.

⁴ La fase fálica es el estadio de organización infantil de la libido

Para estos autores, el complejo de castración no constituye algo esencial en la construcción del sujeto como tal, sino que se trata de un miedo que surge de la experiencia de una persona que ya está constituida como sujeto cuando lo experimenta. Pero si el sujeto es previo a su paso por el complejo de Edipo articulado con el complejo de castración, la diferencia de los sexos también habrá de entenderse como anterior al mismo, como algo dado, generalmente derivado de las características anatómicas que diferencian a ambos sexos.

De este modo, es fácil apreciar que, al desconocer la dimensión *histórica* (no se nace hombre o mujer, sino que se llega a serlo a través de un complejo proceso, en el que tiene una radical importancia la relación del niño o de la niña con sus padres y su identificación con ellos) y *simbólica* (la castración vehiculiza la prohibición del incesto, es decir, introduce la dimensión de las leyes que organizan la cultura en la subjetividad) de la explicación freudiana de la organización de la diferencia entre los sexos, los críticos se vieron obligados, más allá de la validez de su cuestionamiento del falocentrismo de la misma, para el que aún hoy no tenemos alternativas satisfactorias, a recurrir a una explicación biológica.

Esta tendencia se vio reforzada porque, como consecuencia del cuestionamiento de una explicación que tomaba como modelo la organización de la sexualidad masculina, estos autores centraron la discusión en la naturaleza de la sexualidad femenina «en sí misma», estudiándola como algo aislado, dado, independiente de la operación simbólica de división que la crea, y buscaron esclarecer *qué es la mujer*, lo que los condujo a posiciones esencialistas y naturalistas, de las que Freud había intentado explícitamente apartar al psicoanálisis. En efecto, en la mayoría de los casos supusieron, de manera manifiesta o implícita, que existen una masculinidad y una feminidad innatas que corresponden directamente al hombre y a la mujer en tanto cuerpos anatómicamente diferenciados. Así, por ejemplo, Karen Horney habló del «principio biológico de la atracción heterosexual»; Me-

lanie Klein sostuvo que, debido a su sexualidad femenina «primordial», la niña tiene un conocimiento inconsciente de la vagina; Ernest Jones afirmó, citando el texto bíblico que refiere cómo «Dios los creó hombre y mujer», la existencia de una feminidad primaria en la niña, basada en su sexo biológico¹¹.

En cambio, para Freud, la cultura exige, a partir de la bisexualidad psicológica de ambos sexos (quizás debiéramos decir, más bien, de la indiferenciación sexual infantil), que uno de ellos adquiriera una primacía de la feminidad y el otro de la masculinidad: el hombre y la mujer no nacen ya sexados, sino que devienen tales a través de su historia infantil, de sus relaciones intersubjetivas originarias en el seno de la cultura. Lo único que está definido en el momento del nacimiento es el sexo anatómico, pero no ocurre lo mismo con la posición subjetiva que cada uno habrá de asumir en tanto ser sexuado, ni con su «identidad» sexual, producto de sus identificaciones y de la interiorización de ideales culturales relativos a la feminidad y a la masculinidad, ni con la orientación de su deseo sexual.

Igualmente, resulta imposible estudiar la masculinidad y la feminidad «en sí mismos», puesto que se trata de términos relacionales, que se organizan como tales en función de la estructuración de la *diferencia* entre los sexos, producto de una operación simbólica: recordemos el papel fundante que tienen para Freud el paso por el complejo de Edipo, relato mítico que remite a una estructura propia de la cultura y por el complejo de castración, dimensión subjetiva de la prohibición estructurante del orden social, el tabú del incesto.

¹¹ Para más información sobre este debate, ver: J. Mitchell, *Psicoanálisis y feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1974 e «Introduction II», en *Feminine Sexuality*, ed. por J. Mitchell y J. Rose, Londres, Mac Millan, 1982; J. Rose, «Introduction II», *ibid.*; S. Tubert, *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*, Madrid, El Arguero, 1988; J. Rose, «Feminism and the Psycho», en *Sexuality in the Field of Vision*, Londres, Verso, 1986.

Sin embargo, es necesario señalar que hubo aportaciones de sus discípulas que Freud no dudó en incorporar a su propia teoría, reconociendo su importancia y convencido de que las analistas de sexo femenino se hallaban en mejores condiciones que él mismo para analizar la transferencia matema de sus pacientes mujeres, no porque él fuera un hombre, sino por su dificultad para colocarse en ese papel. Fundamentalmente, se trata de las observaciones de Jeanne Lampl-de Groot acerca de las relaciones tempranas de la niña con su madre, que Ruth Mack Brunswick¹² identificó como una fase pre-edípica de radical importancia para el desarrollo psico-sexual de la mujer. Esto condujo a prestar mayor atención a la trascendencia de la imagen omnipotente de la madre para los niños de ambos sexos, y a la adhesión más intensa y prolongada de la niña con respecto a su madre, que más tarde habrían de retornar la mayoría de las autoras feministas, en un enfrentamiento con Freud que sólo se sostiene en tanto se niegue lo que Freud dejó escrito sobre esta cuestión. La diferencia radica en que las feministas de orientación psicoanalítica contraponen esta fase pre-edípica al complejo de Edipo, como si fueran excluyentes, mientras que Freud los considera como estratos psíquicos superpuestos.

Paralelamente a la discusión psicoanalítica sobre la sexualidad femenina, se desarrolló una controversia acerca de la significación política del psicoanálisis, que quiero mencionar, aunque sólo sea brevemente, porque el feminismo habría de heredar este doble debate. Otto Fenichel estaba interesado en desarrollar una dimensión política del psicoanálisis como fundamento para la crítica social radical. Su propuesta se diferencia de la llamada izquierda freudiana, representada por Wilhelm Reich, que tendía a confundir el conflicto psíquico inconsciente con el malestar cultural, e intentaba lograr una sexualidad libre a imagen de un yo pleno y sin fallos, como precondition u objetivo último del

cambio revolucionario. Fenichel, en cambio, se planteó el problema de la teorización del inconsciente y de la sexualidad con toda su complejidad, por un lado, y la necesidad de explicar la represión ejercida por las normas sociales, por otro. De este modo, no cae en el error de afirmar que lo psíquico tiene la primacía en la determinación de la miseria y la desigualdad sociales, pero tampoco reduce el inconsciente a un mero efecto distorsionado de un mundo social operativo¹³.

A partir de 1940 encontramos publicaciones esporádicas sobre la sexualidad femenina en la literatura psicoanalítica europea. Podemos mencionar, a título de ejemplo, las obras de Marie Bonaparte¹⁴ y de Helene Deutsch¹⁵, dos discípulas de Freud que, en su pretensión de tomar al pie de la letra los textos del maestro, acababan distorsionándolos bastante, como suele suceder con las lecturas dogmáticas. En la década de 1950 la literatura se centró, sobre todo, en la dimensión biológica de la sexualidad femenina. El estudio de Kinsey¹⁶, que corresponde a este período, es un buen ejemplo de ello.

La nueva ola del movimiento feminista, que se puso en movimiento a partir de 1960, volvió a suscitar el interés por el estudio de la feminidad, como se puede apreciar en las discusiones psicoanalíticas de los trabajos de Masters y Johnson¹⁷. También en este período, Robert Stoller sugirió la existencia de una «identidad nuclear de género» que precedería al reconocimiento de la diferencia entre los sexos¹⁸.

¹³ Russell Jacoby, *The Repression of Psychoanalysis: Otto Fenichel and the Political Freudians*, Nueva York, Basic Books, 1983.

¹⁴ M. Bonaparte, *La sexualidad de la mujer* (1942), Barcelona, Península, 1972.

¹⁵ H. Deutsch, *La psicología de la mujer* (1944-45), Buenos Aires, Losada, 1960.

¹⁶ Alfred Kinsey et al., *Sexual Behavior in the Human Female*, Filadelfia, Saunders, 1953.

¹⁷ Mary Jane Sheret, *Naturaleza y evolución de la sexualidad femenina* (1966), Barcelona, Barral, 1974.

¹⁸ Robert J. Stoller, «The Sense of Femealness», *Psychoanalytic Quarterly*, 37, 1968, y *Sex and Gender*, Nueva York, Aronson, 1968.

¹² R. Mack Brunswick: «The Preedipal Phase of the Libido Development», *The Psychoanalytic Quarterly*, Vol. IX, 1940.

En esta década se formularon las críticas más conocidas y radicales de las feministas al psicoanálisis, como las de Kate Millet¹⁹ y Shulamith Firestone²⁰. Juliet Mitchell²¹ ha estudiado rigurosamente la lucha quijotesca de estas autoras contra una teoría psicoanalítica inexistente, contra un Freud cuyos textos no dicen en absoluto lo que ellas le imputan y critican. Lo mismo sucedió con Simone de Beauvoir quien, una década antes, anticipó estas críticas, y con Betty Friedan, Eva Figes y Germaine Greer²². Todas coinciden en un empirismo a ultranza y en atribuir el malestar de las mujeres exclusivamente a la «realidad externa», negando toda participación no sólo al inconsciente, sino a cualquier otra instancia psíquica que no sea la razón. Esto no implica cuestionar su contribución al feminismo en general, sino sólo su lectura del psicoanálisis.

Las teorías psicoanalíticas feministas, tanto europeas como norteamericanas, fueron elaboradas a partir del estímulo que supuso el auge del movimiento feminista de los años 70 que, continuando la corriente política de la década anterior, rompió con el aislamiento histórico de las mujeres. Por un lado, la imagen de la femineidad se modificó en razón de la mayor participación de las mujeres en la cultura y del cambio de su papel en la sociedad. Esto nos permite apreciar cómo las diversas explicaciones e interpretaciones acerca de la sexualidad femineidad y de la femineidad se vinculan con los diferentes escenarios culturales en que se desarrollan las teorías. Por otro lado, esta vez los movimientos reivindicativos se acompañaron de un esfuerzo teórico que cuajó en una producción intelectual que reviste un particular interés si la observamos desde una perspectiva histórica,

¹⁹ K. Millet: *Sexual Politics*. Nueva York, Doubleday, 1970.

²⁰ S. Firestone: *The Dialectic of Sex* (1970), Londres, The Women's Press, 1979.

²¹ J. Mitchell: *Psicoanálisis y feminismo*, op. cit.

²² S. de Beauvoir: *El segundo sexo* (1949), Buenos Aires, Siglo Veinti, 1977; B. Friedan: *La mística de la femineidad* (1963), Barcelona, Plaza y Janés, 1975; E. Figes: *Patriarcal Attitudes*, Nueva York, Faber, 1960; G. Greer, *The Female Eunuch*.

en razón de las etapas que atravesó: primero fueron los Estudios de la Mujer, un segundo momento corresponde a los Estudios del Género (que abarcan a hombres y mujeres, masculinidad y femineidad) y un tercer momento, el actual, centrado, desde hace unos años, en el estudio de la diferencia entre los sexos, articulada con otros sistemas de diferencias socio-culturales. No es casual que sea en este momento cuando se hace no sólo posible, sino también necesaria, la convergencia con el psicoanálisis: los movimientos de mujeres llevaron a la comparación y al análisis de la experiencia de las mujeres, a un reconocimiento de sus problemas comunes y a reformular las cuestiones que habían planteado las teorías psicoanalíticas clásicas.

El movimiento feminista de los Estados Unidos, orientado hacia el objetivo de lograr la igualdad de derechos, se esforzó por demostrar que no existen diferencias entre los sexos. Las feministas se ocuparon más de analizar las presiones procedentes del contexto social que sus propias tradiciones internas. Para comprender sus críticas al psicoanálisis, es necesario tener en cuenta dos aspectos esenciales:

1. Las críticas no siempre se refieren a la obra de Freud (y cuando lo hacen, muchas veces revelan lecturas deficientes), sino a una diversidad de teorías derivadas del psicoanálisis pero diferenciadas en función de los contextos culturales en los que se arraigaron; pero esto no suele especificarse, de modo que el cuestionamiento parece referirse al psicoanálisis en general y no a la obra de un autor en particular. Como ha demostrado ciertamente Claudia Zanardi, en el excelente texto ya citado, sería un error ignorar la diferencia entre distintos autores o atribuirle simplemente a divergencias científicas, sin relación con la cultura y el terreno social y político en el que se desarrollaron sus teorías.

2. Mientras que en el psicoanálisis europeo las perspectivas teóricas reflejan aún las preocupaciones humanistas y filosóficas que lo marcaron desde el comienzo, haciendo de él no sólo un método terapéutico sino también una fuerza cultural y, en ocasiones, política, en Estados Uni-

dos se puede apreciar una vinculación del psicoanálisis con las prácticas médicas y con la investigación «científica» (entendase experimental) y, al mismo tiempo, una orientación que acentúa la importancia de los factores sociales, hasta el punto de sacrificar, en muchos casos, las nociones de inconsciente y sexualidad, que constituyen sus pilares básicos. El carácter empirista y pragmático de la cultura norteamericana, orientó al psicoanálisis, representado inicialmente por analistas europeos que habían huido del nazismo, no tanto hacia el análisis del inconsciente y sus derivados (síntomas, lapsus, sueños) como al estudio y refuerzo del yo, destacando la necesidad de un desarrollo individual autónomo y del logro de la adaptación social.

Al respecto, Zanardi señala que la incertidumbre de la identidad social, cultural y política, en un país caracterizado por la inmigración (tanto de los analistas como de los pacientes que recibían en su clínica), que exige la adaptación a la nueva sociedad y la renuncia al pasado, ha sido, probablemente, lo que condujo a la necesidad de afirmar el yo y confirmar su existencia mediante la producción y la acción. Desde esta perspectiva, la identidad aparece como una entidad a construir, antes que como algo adquirido a través de una larga historia política y social, como sucede, en cambio, en Europa. Por eso, quizás, la psicología del yo que se desarrolló en Estados Unidos a expensas del psicoanálisis tiende a reforzar la capacidad de control del yo y sus defensas contra los impulsos inconscientes reprimidos, avanzando en una dirección opuesta a los esfuerzos deconstructivos característicos del método psicoanalítico propuesto por Freud.

Hay un factor más a considerar. En Estados Unidos, la prohibición del ejercicio del psicoanálisis por no médicos, lo colocó en manos de una clase médica para la cual el conocimiento aceptado sólo puede ser de carácter técnico y positivo. De este modo quedaron eliminados los aspectos humanistas que, lejos de limitar el psicoanálisis a su dimensión clínica, lo convertían en un método para interpretar los efectos del inconsciente en la historia, la cultura, el arte, la religión, y todas las manifestaciones del ser humano.

Al mismo tiempo, las mujeres quedaron marginadas de la profesión, debido a la inaccesibilidad de las escuelas médicas, que eran un dominio exclusivamente masculino. A título de ejemplo, podemos mencionar el hecho de que, en 1958, sólo el 9% de los estudiantes de los institutos psicoanalíticos acreditados eran mujeres²³.

De este modo, el carácter empírico de la literatura «psicoanalítica» escrita en esta época pone de manifiesto el pragmatismo de la cultura norteamericana, su necesidad de pruebas «científicas», la medicalización de un método terapéutico y de investigación que Freud, explícitamente, quiso poner a salvo del orden médico (y del religioso) y su consiguiente empobrecimiento. La escasez de trabajos acerca de la femineidad da cuenta de la exclusión de la mujer, tanto en cuanto tema de investigación como en cuanto investigadora. Los trabajos escritos por analistas mujeres no se apartan de las normas establecidas. No es casual que la convergencia de las perspectivas psicoanalíticas y las feministas, que podemos apreciar en la actualidad, no procedan tanto de analistas practicantes como de mujeres que trabajan en distintas disciplinas humanísticas: filosofía, crítica literaria, historia, antropología.

Volviendo a la teorización feminista desarrollada a partir de los años 70, encontramos que hubo dos maneras de responder a los interrogantes suscitados por el problema de la opresión social de las mujeres: o bien se atribuía la responsabilidad total de su subordinación al condicionamiento social (como en el caso del feminismo norteamericano), o bien se intentaba interpretar los conflictos a la luz de un mayor conocimiento del lugar social de las propias mujeres y analizar sus contradicciones internas (como era más frecuente en Europa). En este proceso, se produjo una recuperación del psicoanálisis como instrumento adecuado para el autoconocimiento. Como afirma Jacqueline Rose, el psicoanálisis tiene un carácter político para el feminismo, en el sentido de que «llegó a la arena de la discusión en respu-

²³ C. Zanardi, *op. cit.*, pág. 11.

ta a las necesidades internas del debate feminista»²⁴. En efecto, el psicoanálisis y el feminismo, cada uno a su manera, son formas de pensamiento que socavan la inercia propia del lenguaje del sentido común y su resistencia a todas las manifestaciones de conflicto o cambio político. Rose considera también que el psicoanálisis no explica meramente cómo las mujeres se colocan en el lugar que la sociedad les ha destinado, sino que constituye, más bien, uno de los pocos espacios en nuestra cultura en los que se reconoce, como algo que no se reduce simplemente a ser una patología individual, que la mayoría de las mujeres no entran sin sufrimiento en ese lugar. De este modo, es capaz de poner de manifiesto que en el corazón de la vida psíquica se encuentra una tenaz resistencia inconsciente a aceptar el modelo de identidad asumida por el yo. Por ello podemos afirmar que, más allá de sus evidentes diferencias, el psicoanálisis y el feminismo han coincidido en el esfuerzo por comprender la construcción cultural de la diferencia sexual, por localizar las causas de la opresión y de la violencia sexual, y por deconstruir las formas en que nos vemos afectados por nuestra inclusión en el orden simbólico patriarcal. Sin embargo, una de las dificultades que plantea la aproximación de ambas teorías radica en una disparidad fundamental: el psicoanálisis describe sin formular normas ni preceptos; en la situación clínica, el analista asume una neutralidad ética, en tanto su función consiste en interpretar sin juzgar. En cambio, el feminismo es prescriptivo y valorativo, precisamente porque tiene un carácter político.

Debemos observar que si el psicoanálisis influyó en las teorías feministas, también se vio afectado, una vez más, por los avances de los movimientos de mujeres: en los años 70 se estableció, paralelamente al florecimiento de la teorización feminista, un debate análogo al de los años 20 y 30, pero ya no centrado en la obra misma de Freud, sino en las propuestas de Lacan. Éstas se desarrollaron a partir de una crítica a la psicología norteamericana del yo, a la di-

²⁴ J. Rose, *Sexuality in the Field of Vision*, op. cit., pág. 84 y ss.

solución del concepto de inconsciente en una psicología normativa y adaptativa, centrada en la identidad y destinada a reforzarla. En su lectura de los textos de Freud, Lacan dio primacía al papel del lenguaje y a los efectos del orden significante en la constitución del sujeto y en su sexualización. De este modo, algunos conceptos freudianos, como los referentes al falo y a la castración, que cortan el riesgo de ser interpretados con literalidad, quedaron explícitamente situados en una dimensión simbólica. En efecto, sabemos que entre 1924 y 1931, Freud se desplazó desde la descripción de la niña marcada por su «inferioridad» anatómica, a una explicación que describe explícitamente el proceso de devenir mujer como una verdadera catástrofe para la complejidad de su vida psíquica y sexual anterior. Freud siempre subrayó el costo psíquico del proceso civilizatorio —la disposición a la neurosis y el malestar—, para todos, y especialmente para la mujer. Lo importante de la explicación psicoanalítica, desde el punto de vista del feminismo, es que muestra tanto la sexualidad femenina como la femineidad como resultado de una historia compleja y no como datos *a priori*: el camino a la «normalidad» es difícil, por no decir imposible, y la tarea del psicoanálisis no ha sido la de estudiar de qué modo se accede a esa normalidad, sino su inevitable fracaso. Mientras los críticos de los años 20 y 30 postularon una femineidad esencial, describiendo una secuencia de desarrollo de carácter normativo y un yo coherente, Lacan intentó retomar los conceptos freudianos de escisión psíquica y del inconsciente como presión insistente contra la pretensión de lograr una identidad psíquica sexual homogénea y unificada.

En tanto la teoría de las relaciones objetales, desarrollada a partir de los trabajos de Melanie Klein y sus discípulos, parte del supuesto, caro a sus revisiones feministas, de la presencia inmediata encarnada en la madre, el psicoanálisis francés constituye su mito del origen a partir de la ausencia materna: si la primera, que tuvo una amplia aceptación en el mundo anglo-americano, invoca o conjura a la madre pre-édipica, el segundo insiste en su pérdida. Ésta se traduce en el concepto más generalizado de pérdida originaria, de una

falta constitutiva del sujeto, que parece desplazada y velada por el lenguaje pero que persiste alentando el deseo inconsciente. Es el deseo, precisamente, el que cuestiona la unidad del sujeto y, en consecuencia, cualquier identidad sexual unitaria y definitiva. Mientras para la teoría de las relaciones objetales el yo se constituye como una unidad a través del proceso de diferenciación del objeto primario, para Lacan no es más que una ficción creada por el deseo, organizada en torno a una fantasía de plenitud e integración de carácter narcisista y reflejada en la imagen especular. El estadio del espejo corresponde a un momento de alienación del sujeto, que se halla situado en un orden ajeno a sí mismo. Tanto la madre como el niño —que desea ser el objeto de deseo de la primera— están inmersos en el orden simbólico del lenguaje y de la cultura, en la que el deseo de la madre está regulado por la ley del padre. Esta exige que el sujeto se sitúe de acuerdo con la oposición hombre/mujer. El falo —es decir, su presencia o su ausencia— es la marca de esta división y, al mismo tiempo, el significante del deseo, o de la falta de ser en la que aquél se funda, debido a que tiene la potencialidad de faltar. Es precisamente el reconocimiento de esta falta, la castración, la que inicia el proceso interminable de búsqueda de significación y de intercambios que forman parte de la cultura²⁵.

De este modo, la organización patriarcal del deseo y de la prohibición determina los límites dentro de los cuales se puede desarrollar y experimentar la sexualidad. Son muchas las feministas que han criticado la equivalencia del orden simbólico con la ley del padre y el privilegio del falo, de manera que se reprodujo el cuestionamiento del que ya había sido objeto la teoría freudiana. El problema es que este tipo de críticas siempre se ha acompañado de la eliminación de las nociones de conflicto interno, deseo, inconsciente y fantasía, lo que impone la idea de un conflicto puramente externo, con la realidad social. Se ha pensado, desde la perspectiva feminista, que esta noción legítima las reivindicaciones de las mujeres, en tanto que se supone que la representación de una subjetividad conflictiva, dividida, capturada en el registro de la fantasía, se opone directamente a la idea de una protesta política legítima. Pero el interés del psicoanálisis radica precisamente en que pone en crisis la dicotomía en la que descansa la aparente «realidad» de los acontecimientos. Si pensamos, por ejemplo, en el malestar de las mujeres en la cultura, no podemos verlas ni exclusivamente como víctimas pasivas, ni como agentes responsables de su propia subordinación, sino que hemos de rastrear las mediaciones entre la violencia material y simbólica de que son objeto, y su realidad psíquica, cuyo carácter problemático se revela no sólo en el síntoma sino también en el sueño, el lapsus, y las formas de deseo que no se dejan encuadrar en el marco de una subjetividad integrada ni de una identidad ilusoria.

Posteriormente, algunas pensadoras feministas llevarían a cabo una recuperación de las formulaciones lacanianas, considerando que el psicoanálisis es falocéntrico porque el orden humano en el que nace y se constituye el sujeto también lo es. Lo que hallan de positivo en Lacan es su concepción de que las identidades sexuales son ficciones y responden a una división simbólica, y no natural, entre hombres y mujeres, que se construye en el lenguaje.

Sin embargo, al ocuparse más específicamente de la sexualidad femenina, Lacan opuso al falicismo monádico masculino un goce de la mujer que estaría caracterizado por la infinitud y sería inaprehensible en tanto no entra en el registro simbólico²⁶. De este modo, asigna a la feminidad la dimensión de una experiencia mística, en la medida en que es inefable, y ofrece una definición de la mujer en la que, una vez más, prima lo imaginario; me refiero, específicamente, al ancestral fantasma masculino de una sexualidad femenina desbordante e incontrolable, peligrosa.

El debate, como ya he anunciado, fue suscitado por la insistencia de Lacan en que la feminidad sólo puede enten-

²⁵ Jacques Lacan, *Écrits*, París, Seuil, 1966.

²⁶ J. Lacan, *Encore*, París, Seuil, 1975.

derse en términos de un proceso de construcción que remite, a su vez, a la significación del falo y al complejo de castración como significantes que, desde el orden simbólico, hacen posible a un tiempo la subjetivación y la sexuación. La réplica condujo, lamentablemente, a posiciones similares a las que se habían opuesto a Freud cincuenta años antes: la defensa de una supuesta feminidad originaria, la búsqueda de la especificidad de la sexualidad femenina. En Francia, esta perspectiva se centró en la relación de la mujer con el lenguaje.

Tanto Michèle Montrelay²⁷ como Luce Irigaray²⁸, aunque desde perspectivas diferentes, afirman que existe una escena no registrada por lo simbólico. Si la entrada en lo simbólico es equivalente a la entrada en el lenguaje, lo que constituye la verdadera feminidad estaría situado en esa escena anterior al lenguaje y a lo simbólico. De este modo, fijan un área alternativa en la que podría desarrollarse esa feminidad prístina, por cuanto consideran que lo femenino es lo *otro* que no ha sido suficientemente articulado por la teoría psicoanalítica. La posición de estas autoras resulta tan contradictoria como la de Lacan mismo²⁹.

En efecto, Lacan construye para la mujer una forma de sexualidad y de goce que escapan al registro fálico, que pueden situarse en otro lado, pero de ese modo queda excluido de las palabras, puesto que no es posible hablar desde fuera de lo simbólico. Esto se opone a su explicación de la sexualidad dentro del marco de lo simbólico, a menos que lo interpretemos en el sentido de que el *discurso* sitúa a la feminidad de ese otro lado. De todos modos, si éste fuera el caso, el discurso lacaniano repetiría esa misma operación de exclusión.

²⁷ M. Montrelay, *L'ombre et le nom. Sur la féminité*, Paris, Minuit, 1977.

²⁸ L. Irigaray, *Speculum, de la otra mujer*, Madrid, Salés, 1979; *Esse sexo que no es uno*, Madrid, Salés, 1982.

²⁹ En *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*, op. cit., realizo un análisis crítico de las obras de Montrelay e Irigaray.

Montrelay e Irigaray, por su parte, al intentar definir la feminidad al margen del orden falocéntrico, le asignan un espacio presimbólico, situado fuera del discurso dominante y correspondiente, supuestamente, a un discurso más cercano al cuerpo. El problema es, una vez más, cómo dar cuenta de aquello que no puede ser simbolizado. En su cuestionamiento de la posición lacaniana, paradójicamente, estas autoras coinciden con él al asignar a la mujer un espacio inaccesible al orden lingüístico, preedipico o asimilable a lo psicótico (lo que no entra en lo simbólico y aparece, en consecuencia, sólo como *real*). De todos modos, estos cuestionamientos no implican un rechazo global del psicoanálisis; por el contrario, Montrelay e Irigaray son psicoanalistas que trabajan a partir de su práctica clínica. Si bien critican el falocentrismo de la teoría, no dejan de reconocer su validez como método de investigación y tratamiento y como conceptualización acerca del inconsciente y de la sexualidad.

El análisis de Irigaray se basa en el trabajo de Derrida, crítico del *falocentrismo* del pensamiento lacaniano. Derrida considera que el privilegio del falo en la teoría es tan erróneo como el supuesto de una plenitud originaria del ser, que ignora la condición de la falta a partir de la cual hombres y mujeres pueden organizarse como tales. Su método deconstructivo desmantela la oposición masculino/femenino para demostrar la desigualdad de los términos implicados en este dualismo, desmontar su jerarquía conceptual disfrazada y reinscribir los términos de otra manera³⁰.

El feminismo psicoanalítico ha llegado a establecerse en los medios académicos, aunque los problemas suscitados por los intentos de articular los dos términos que incluye no han desaparecido por ello, y las relaciones entre las distintas interpretaciones que se formulan en este campo siguen siendo complicadas. Simplificando un poco la cuestión, podemos decir que a partir de dos libros que tuvieron una enorme influencia se organizaron las dos tendencias principales.

³⁰ Jacques Derrida, *L'écriture et la différence*, Paris, Seuil, 1967. [Trad. esp.: *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989.]

Me refiero a *Psicoanálisis y feminismo*, de Juliet Mitchell³¹, y *El ejercicio de la maternidad*, de Nancy Chodorow³².

Mitchell fue la primera que intentó utilizar la teoría psicoanalítica para comprender la subordinación de las mujeres. Feminista socialista inglesa, que realizó su formación clínica después de una trayectoria militante, Mitchell recogió la tradición psicoanalítica freudiana y lacaniana, trabajando dentro de un marco ideológico marxista althusseriano referido, sobre todo, a la concepción de la ideología y de la revolución cultural. A partir de la lectura lacaniana de Freud formuló una interpretación del inconsciente como el espacio en el que la sociedad patriarcal reprime a la feminidad. Esta interpretación permitió a las feministas comprender hasta qué punto los mecanismos de opresión y subordinación pueden ser internalizados y reproducidos subjetivamente por las mujeres. Para Mitchell, el inconsciente está estructurado en términos del sistema patriarcal de parentesco, y la represión de lo femenino tiene un eco en la complacencia de las mujeres, profundamente arraigada, con la ideología patriarcal. En una sociedad dominada por la ley del padre, tanto los hombres como las mujeres han de reprimir lo femenino; el inconsciente sería, entonces, el único espacio donde se puede rastrear esa feminidad reprimida. En efecto, esta perspectiva, adoptada también por otra feminista inglesa, Jacqueline Rose³³ mantiene el énfasis freudiano-lacaniano en la función del padre, y considera que la diferencia de los sexos, resultado del paso por el complejo de Edipo, se organiza en torno a la presencia-absencia del falo, lo que supondrá estar incluido o excluido del orden simbólico.

Luce Irigaray también considera que la sociedad androcéntrica aliena a las mujeres de sus deseos específicamente femeninos; la diferencia radica en que, para ella, estos deseos están arraigados, esencialmente, en sus cuerpos, y la

³¹ J. Mitchell, *op. cit.*

³² N. Chodorow, *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona, Gedisa, 1978.

³³ J. Rose, *Sexuality in the Field of Vision*, *op. cit.*

feminidad deriva fundamentalmente de la estructura anatómica de sus órganos genitales. De este modo, Irigaray cae en una posición esencialista y mistificadora, al atribuir una función liberadora a esa feminidad excluida del orden simbólico, por el mero hecho de estarlo. Como consecuencia de esta posición, Irigaray propone crear espacios-entre-mujeres para definir sus propios deseos, recurriendo a la homosexualidad como estrategia temporal para contrarrestar los efectos del falocentrismo.

Julia Kristeva³⁴ también partió del intento de buscar un lenguaje exclusivamente femenino que habría que rastrear en lo preverbal, en lo *semiótico*, que no está, para ella, fuera de lo simbólico sino del otro lado de él y, como tal, es la base potencial para un nuevo orden fundado en el reconocimiento de ambos sexos y sus respectivas limitaciones, y de una ética basada en el rechazo de toda identidad fija propuesta o atribuida a las mujeres. Posteriormente insistió en la necesidad de reconocer la forma en que el psicoanálisis aborda la diferencia entre los sexos, argumentando que el feminismo debe reconciliarse tanto con la feminidad y la maternidad, que responden a un tiempo cíclico, como con el orden simbólico, correspondiente a un tiempo lineal, histórico. Para Kristeva, la experiencia de la maternidad sería lo más reprimido por el orden cultural, por cuanto representa el punto en que se encuentran y fracasan diferentes dualismos, como cuerpo/lenguaje, naturaleza/cultura, semiótico/simbólico. De este modo, trata de responder a lo que considera como las propuestas de dos generaciones de feministas: la primera exigía igualdad de derechos con respecto a los hombres, es decir, un lugar en el tiempo lineal, y la segunda, posterior a mayo del 68, trataba de situarse fuera de la historia, del tiempo lineal, con el riesgo de caer en una forma invertida de sexismo. Éste sería el caso de Irigaray, con su propuesta de crear un espacio-entre-mujeres fuera del orden androcéntrico existente, ignorando que ese orden

³⁴ J. Kristeva, *Poétique*, París, Seuil, 1977; «Women's Time», *Signs*, Vol. 7, núm. 1, 1981.

no ocupa un espacio delimitado en el cuerpo social sino que atraviesa la subjetividad de sus miembros. Sin embargo, Kristeva no logra salir de la trampa que supone identificar lo simbólico con la masculinidad y, si bien formula un concepto de la feminidad como algo ajeno a la cultura tal como la conocemos, acaba repitiendo los estereotipos culturales ancestrales acerca de la mujer.

El feminismo norteamericano de los años 70, por su parte, rechazó el modelo propuesto por la psicología del yo y se opuso al concepto de autonomía individual, para buscar en la teoría de las relaciones objetales, dominante en la práctica psicoanalítica británica, heredera de Melanie Klein y sus discípulos, un análisis de las relaciones materno-filiales en una familia asimétrica caracterizada por la ausencia del padre. Esta corriente se ocupó de los efectos que esta asimetría tiene en la niña pequeña, y de la transmisión de los valores femeninos de madre e hija en una sociedad patriarcal que no reconoce esos valores. Oponiéndose a la sobre-estimación de la autonomía y la separación en el desarrollo psicológico y social, característica de la sociedad norteamericana, destaca la importancia de las relaciones con los otros y de la interdependencia. Su orientación, obviamente, tiene un carácter más empírico y sociológico que el del feminismo psicoanalítico europeo. Aunque se analizó también el repudio de la feminidad, el acento corresponde más bien a la significación de la construcción social de una feminidad desvalorizada, que a los conceptos de represión e inconsciente.

Autoras como Baker Miller, Adrienne Rich, Dinnerstein y Chodorow sostienen que la institución de la maternidad es la causa fundamental de la opresión de las mujeres y del malestar sexual que experimentan en nuestra sociedad tanto ellas como los hombres³⁵. El sistema de género, institución

³⁵ Jean Baker Miller, *Toward a New Psychology of Women*, Boston, Beacon Press, 1976; Adrienne Rich, *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution*, Nueva York, Norton, 1976; Dorothy Dinnerstein, *The Mermaid and the Minotaur*, Nueva York, Harper and Row, 1976; N. Chodorow, *op. cit.*

que se aprende y se perpetúa en la cultura, es para ellas una polaridad perniciosa que niega a ambos sexos una humanidad plena. La familia nuclear es la que crea las identidades de género que perpetúan el patriarcado y la subordinación de las mujeres. A diferencia de la perspectiva psicoanalítica de Mitchell, que se centra en el cuestionamiento de las verdades establecidas y acepta el carácter conjetural de sus propuestas (correlativa de una concepción del sujeto escindido por la represión), esta línea teórica aspira a alcanzar un conocimiento *objetivo*, verificable y empírico (correlativo de la noción de un sujeto capaz de recuperar su plenitud). Intenta combatir el falocentrismo mediante el estudio privilegiado de la figura de la madre pero, al hacerlo, deja de lado el contexto patriarcal en el que tiene lugar el ejercicio de la maternidad.

Dorothy Dinnerstein, una de las autoras que mejor ejemplifica esta tendencia, adopta una perspectiva kleiniana que acentúa la omnipotencia de la madre. En razón de la ausencia del padre, como realidad sociológica, las mujeres mantienen en la adultez la imagen infantil de una madre todopoderosa, y evitan los riesgos de la libertad sustituyendo esa representación «mágica» de la infancia por una intensa dependencia de los hombres. Las personas criadas fundamentalmente por la madre habrán de asociar a la mujer con la naturaleza y experimentarán temor ante su supuesto poder. Para modificar esta situación, Dinnerstein propone que los padres compartan con las madres la crianza de los hijos.

Nancy Chodorow, socióloga feminista inspirada en el funcionalismo de Talcott Parsons, propuso la misma tesis desde una perspectiva psico-social, intentando explicar cómo cada generación reproduce ciertas diferencias generales y casi universales que caracterizan a la personalidad masculina, a la femenina y a sus respectivas funciones: Chodorow atribuye la diferencia de los géneros al hecho de que las mujeres son universalmente las responsables de los primeros cuidados que se prestan a los niños. Las madres son el primer otro significativo a través del cual los varones y las mujeres adquieren su subjetividad. Este hecho es también

responsable de la subordinación psíquica de las niñas, que adopta la forma de la feminidad. Las madres estimulan la diferenciación de sus hijos, porque los experimentan como distintos de ellas mismas; en cambio, perciben a sus hijas como extensiones físicas y psíquicas de sí mismas, dificultando su separación y creando una identificación más intensa y una simbiosis más prolongada que en el caso de los hijos. A esto se suma el hecho de que los padres se encuentran, en nuestra sociedad, menos disponibles que las madres, por lo cual para una hija es mucho más difícil ingresar en una situación triangular edípica y, de este modo, queda atrapada en la relación con la madre. La mujer, en tanto madre, produce hijas con capacidades maternas y con el deseo de ejercer la maternidad, que resulta de una relación madre-hija, e hijos cuyas capacidades y deseos de cuidar a los otros han sido coartados para prepararlos para su futuro como padres. Debido a la identificación más prolongada con la madre, que se extiende a todo el período de la adolescencia, las mujeres tienen un yo con límites menos firmes y defensivos que los hombres, y se experimentan a sí mismas de una manera menos diferenciada y más relacionada con los objetos externos. En consecuencia, propone también una crianza compartida, lo que permitiría al niño desarrollar capacidades parentales e identificarse con el padre sobre la base de un vínculo real, y activaría el amor heterosexual en la niña. En una obra más reciente³⁶, Chodorow amplía sus tesis, pero dentro de la misma línea teórica.

Podemos apreciar que, en este modelo explicativo, no hay prácticamente referencias a los conceptos de deseo y de inconsciente, claves para la comprensión de la subjetividad; el complejo de Edipo queda reducido a un problema de dependencia-independencia que deriva de la organización familiar, en el sentido empírico de quién está presente en ese ámbito y a quién pueden recurrir los niños; en suma, se ha borrado toda referencia a la mediación de lo simbólico, de

³⁶ N. Chodorow, *Feminism and Psychoanalytic Theory*, New Haven, Conn. & Londres, Yale University Press, 1989.

manera que la explicación de los fenómenos psíquicos es substanciaria de lo social exclusivamente. Igualmente, Chodorow deja intencionadamente de lado la problemática del cuerpo y las pulsiones, y propone centrar la psicología del género en el *self* y en las relaciones del *self* con el otro, de acuerdo con su orientación sociológica.

En tanto Chodorow acusa al freudismo de normativo, esencialista y absolutista en cuanto a su representación de la sexualidad, otra importante teórica del feminismo, Toril Moi, considera que el esencialismo sociológico de Chodorow «reintroduce las creencias patriarcales ancestrales acerca de una naturaleza femenina específica», «no logra teorizar la dificultad de la construcción de la subjetividad y de la diferencia sexual»³⁷ y acaba idealizando la relación preedípica madre-hijo, ignorando la vinculación existente entre la construcción del género y el orden de la representación, es decir, los efectos del sistema simbólico en la emergencia del género y de la división de género en la representación.

Aunque no puedo ocuparme de otras autoras, como Jessica Benjamin o Carol Gilligan³⁸, cuyos trabajos se ordenan en la misma perspectiva que los de Dinnerstein y Chodorow, si bien cada una tiene sus propios matices diferenciales, creo que es posible generalizar la observación de que cada vez que las feministas o los psicoanalistas trataron de liberarse de la referencia falica, por rechazar el orden en que éste se inscribe, de una u otra manera han tenido que descartar la teoría del inconsciente o de la división del sujeto psíquico resultante de la represión, que van asociadas a la concepción psicoanalítica de la sexualidad. De este modo, se restablece la división dada. Ya sea en la anatomía o en la realidad social, entre los sexos, como división en dos clases y no como

³⁷ Toril Moi, «Patriarchal Thought and the Drive for Knowledge», en *Between Feminism and Psychoanalysis*, ed. Teresa Brennan, Nueva York & Londres, Routledge, 1989 (pág. 191).

³⁸ J. Benjamin, *The Bonds of Love*, Nueva York, Pantheon, 1988; C. Gilligan, *In a Different Voice*, Cambridge, Harvard University Press, 1982.

articulación de una diferencia entre ellos. Correlativamente se restablece la separación absoluta entre normalidad y neurosis (que Freud había disuelto), en tanto se entiende que la normalidad equivale a devenir hombre o mujer como corresponde; se retorna a las identidades estables de género y con ello a modelos pre-freudianos de pensamiento.

Si bien es cierto que en la explicación psicoanalítica encontramos una referencia tanto a la anatomía como a la cultura, el sujeto sexuado se constituye en una escena diferente de lo biológico, por un lado, y de lo social, por otro. El ángulo desde el cual el psicoanálisis enfoca la cuestión no es ni el dimorfismo sexual anatómico ni la asignación sociológicamente objetivada de un género; se trata de un ángulo es-trictamente subjetivo. Quizas sea útil introducir en este punto la afirmación lacaniana de que la aparente necesidad (en sentido filosófico) de la función fálica no nos descubre el ser sino la contingencia: la función fálica debe concebirse como una modalidad de la contingencia. En consecuencia, creo que podemos definir el orden falocéntrico como una modalidad del orden simbólico y no como el orden simbólico por excelencia. Creo que el identificarnos ha dado lugar a dos posiciones igualmente erróneas: en el intento por desprenderse del falocentrismo, algunos reniegan de lo simbólico (la feminidad, para ellos, es ajena al orden simbólico, fálico y al lenguaje); otros, por mantener la prevalencia de lo simbólico, asumen el androcentrismo como universal y necesario.

Es probable que haya sido la comprensión de la parálisis generada por este dilema lo que hizo posible el surgimiento de una cantidad de nuevos trabajos, en el campo teórico del feminismo, centrados en el problema de la construcción de la diferencia entre los sexos, que recuperan nuevamente las propuestas psicoanalíticas en su dimensión esencialmente simbólica. Esta perspectiva permite eludir los riesgos de la empirización y de la sociologización de la dimensión subjetiva de la sexuación, para centrarse en el análisis de los discursos que construyen la diferencia sexual y, por consiguiente, la masculinidad y la feminidad. Esto ha permitido

salir de los *impasses* a los que habían llegado los Estudios de la Mujer (posiciones esencialistas, al considerar a la mujer o a la feminidad «en sí misma»; circuitos separatistas en los medios académicos) y las perspectivas del Género (sociologización de la diferencia, reduccionismos al no tomar en consideración la diversidad de posiciones, prácticas y discursos de los que participa un mismo sujeto, y la multiplicidad de las oposiciones que lo atraviesan, además del género: clase social, etnia, grupo lingüístico, orientación sexual, etcétera).

Sin embargo, en algunos de los trabajos más recientes en este campo aún se escuchan los ecos de las dos líneas teóricas que he mencionado³⁹. La mayoría de los textos publicados en la década de los 80 se ocupan del complejo de Edipo. Entienden que a través de esta estructura en la que se constituye el sujeto, Freud describe los efectos del patriarcado como un sistema jerárquico que refuerza la heterosexualidad y coloca a las mujeres en una posición de sumisión y de mayor predisposición a la neurosis. La división fundamental entre las diversas autoras (y algunos autores, ya que cada vez hay más voces masculinas que intervienen en el debate) corresponde a su filiación a la teoría freudiano-laciana o a la teoría de las relaciones objetales, que van asociadas, generalmente, a la importancia relativa que conceden a las figuras del padre y de la madre, respectivamente, en la reproducción de sujetos transmisores de las normas y los valores patriarcales, y también en función de la eficacia que acuerdan a la crianza compartida de los niños como solución al problema de la opresión y discriminación de la mujer.

³⁹ Para una revisión de los libros sobre psicoanálisis y feminismo publicados en los Estados Unidos entre 1989 y 1990, ver: Judith Kegan Gardiner, «Psychoanalysis and Feminism: An American Humanist's View», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 17, núm. 2 (págs. 437-454) y Michèle Barrett, «Psychoanalysis and Feminism: A British Sociologist's View», en el mismo número de *Signs*, págs. 455-466.

Un ejemplo de la posición «matricéntrica» es el trabajo de Jean Wyatt⁴⁰, que idealiza la relación preedípica madre-hijo y cree que evitar el estadio edípico podrá ser el camino indicado para transformar la cultura. Su libro se centra en «el potencial revolucionario y transformador de lo preedípico en las novelas escritas por mujeres», lo que se opone, para ella, a «la tendencia conservadora de las fantasías edípicas», en que las niñas se preparan para el amor romántico, conformista y subordinado a un hombre con características paternas (págs. 2 y 11). Wyatt piensa que, si las fantasías nos presentan objetos de deseo, para cambiar la forma en que viven las mujeres será necesario que cambien lo que desean. Éste es uno de los ejemplos más flagrantes de las confusiones teóricas relativas al psicoanálisis. Es difícil pensar, desde la perspectiva psicoanalítica, que los sujetos pueden cambiar a voluntad la organización de las fantasías y deseos que son producto de la historia de relaciones intersubjetivas en la que se constituyeron como sujetos humanos, miembros de una cultura. Esto equivaldría a negar la fuerza del inconsciente y a suponer que se pueden orientar racionalmente las elecciones que se han plasmado en la infancia del niño, durante la cual su propia indefensión le impone una dependencia de otras personas que habrá de modelar sus futuras elecciones de objeto y la naturaleza de sus deseos. Es lo mismo que suponer que la crianza compartida del niño eliminará las diferencias de género, ignorando que los significados de las acciones que realizan hombres y mujeres no residen en la acción misma, y que un mismo acto realizado por personas diferentes, y en distintos contextos (por ejemplo, por madres y padres) pueden asumir sentidos completamente diferentes. De hecho, se puede discutir incluso si se trata de los mismos actos.

⁴⁰ J. Wyatt, *Reconstructing Desire: The Role of the Unconscious in Women's Reading and Writing*, Chapel Hill y Londres, University of North Carolina Press, 1990.

Marianne Hirsch⁴¹ se centra en la relación madre-hija en la literatura, pero evita idealizarla y mitificarla, y se guarda de resucitar la identificación entre feminidad y maternidad. Hirsch afirma que no conocemos la voz de las madres en tanto tales, como sujetos, por lo que es necesario acceder al discurso maternal, tanto en la experiencia como en la teoría, que pueda articular el poder de la madre con su impotencia, la autoridad con la invisibilidad, la fuerza con la vulnerabilidad, el amor con el odio que se suscitan en la relación con la madre. Para ella, las posiciones de madre e hija no se identifican con unos roles sociales dados, sino que son representaciones narrativas de la realidad subjetiva y social, y de la convención literaria.

Madelon Sprengnether⁴² realiza un estudio de la ambivalencia de Freud hacia la figura de la madre en su propia obra. En los trabajos freudianos, afirma esta autora, la madre aparece sólo como objeto de los deseos del niño. Sin embargo, reconoce que los conceptos psicoanalíticos proporcionan una representación de la madre que permite resistir en la dimensión simbólica, aun reconociendo su diferencia. Las obras de Hirsch y Sprengnether tienen la virtud de efectuar un desplazamiento desde el ejercicio de la maternidad como dato empírico, tal como aparece en autoras como Dinnerstein y Chodorow, hacia la maternidad como representación, o conjunto de representaciones, a veces contradictorias, que se construyen discursivamente. De este modo eluden la autonomía paralizante entre naturaleza y cultura, pues la maternidad participa de ambas y, finalmente, esa polaridad es también una construcción teórica. En consecuencia, también las propuestas serán diferentes: no se pretende ya transformar la organización de la diferencia de los sexos mediante un cambio de roles en el ejercicio de las

⁴¹ M. Hirsch, *The Mother/Daughter Plot: Narrative, Psychoanalysis, Feminism*, Bloomington, Indiana University Press, 1989.

⁴² M. Sprengnether, *The Spectral Mother: Freud, Feminism and Psychoanalysis*, Ithaca, Nueva York y Londres, Cornell University Press, 1990.

funciones parentales, sino que se sugiere la necesidad de escuchar las voces hasta ahora obturadas, de proporcionar un espacio para la palabra, tanto de las mujeres como de las madres, que permita construir representaciones discursivas diferentes.

En suma, si las partidarias de la teoría de las relaciones objetales se autodefinen como matricéntricas y feministas, oponiéndose a las freudianas y lacanianas a quienes consideran patriarcales y patricéntricas, es porque entienden que el psicoanálisis reproduce inconscientemente el privilegio falocrático y los supuestos sexistas de la sociedad patriarcal, y creen que una visión feminista del psicoanálisis debería centrarse no en los hombres, sean padres o hijos, sino en las mujeres, como madres e hijas. Sin embargo, no se encuentra una correlación necesaria ni intrínseca entre cada una de estas orientaciones teóricas y los apelativos de feminista o patriarcal. Sólo un empirismo ingenuo puede considerar que lo decisivo radica en el objeto en el que se centra la atención, cuando en realidad lo que importa es que las construcciones conceptuales sean capaces de aproximarse a la verdad (aunque ya no podemos pretender lograr un saber coincidente con unos hechos que no podemos conocer sino a través de ese mismo saber, y la aproximación a la verdad sólo puede ser de carácter asintótico), o que puedan producir nuevas significaciones.

Por otra parte, el psicoanálisis no sabría centrarse, en realidad, en la figura del padre o de la madre, puesto que la narrativa edípica los incluye obviamente a ambos, en tanto se refiere a una *estructura* en la que el sujeto encontrará un lugar como tal y organizará su deseo sexual a partir de la confrontación con la diferencia de los sexos (y de las generaciones) que sólo puede actualizarse en tanto esa diferencia se hace presente a través de la discriminación de las figuras de padre y madre y las prohibiciones correspondientes. Lo que produce efectos en la sexuación no son directamente los personajes reales ni los roles sociales que desempeñan, sino la función simbólica que cumplen al vehicular modelos de masculinidad y de feminidad (y la división masculino/fem-

nino implícita en ellos), con los que el sujeto se identifica, y al transmitir el tabú del incesto. Además, la noción de un «punto de vista feminista» introducida en la teorización en los años 70, se ha hecho insostenible desde que las concepciones postmodernas cuestionaron no sólo la posibilidad del conocimiento objetivo y definitivo, sino también la categoría misma de *mujeres*. Es decir, ya no se supone la existencia de un punto de vista universal, común a todas las mujeres, y la pretensión de lograrlo no es más que la falsa universalización de la perspectiva de un sujeto o de un grupo. El interés se ha desplazado hacia el estudio de las formas en que se construye el conocimiento y en que se ejerce y se refuerza el poder a través de esa construcción. Correlativamente, podemos decir que el paradigma de la diferencia (erróneamente opuesto al de la igualdad, ya que no son lógicamente excluyentes) ha entrado en crisis, a pesar de que sigue ejerciendo influencia en algunos sectores del pensamiento feminista. Uno de los problemas que plantea es que subraya las comparaciones entre los sexos y omite la heterogeneidad existente entre los miembros de cada uno de ellos, de modo que unifica a la totalidad de las mujeres y a sus intereses y reivindicaciones, postulando la ilusoria identidad femenina que suele remitir, aunque se pretenda lo contrario, a posiciones esencialistas, ya sea de tipo biológico o sociológico⁴³.

Algunos de los trabajos más recientes revelan el intento de trascender la antinomia igualdad/diferencia, a través de una concepción de la categoría del género como un proceso dependiente del contexto histórico y cultural, cuyos efectos varían según la situación, y que interactúa con otras divisiones construidas, como las correspondientes a la edad, raza, clase social, grupo étnico, religioso, etc. Judith Butler⁴⁴, por ejemplo, considera que las categorías de género se constru-

⁴³ S. Thibert, *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*, Madrid, El Arquero, 1988.

⁴⁴ J. Butler, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Nueva York y Londres, Routledge, 1990.

yen y reconstruyen continuamente a través de discursos que ponen de manifiesto su historicidad: no son categorías estables y trascendentes. Esta autora intenta desnaturalizar y re-significar las categorías corporales mediante la noción de *parodia de género*. Así, por ejemplo, en las prácticas del travestismo, se juega con la diferencia entre la anatomía y el género que se exhibe. Según Butler, estamos en presencia de tres dimensiones de la corporalidad significativa: el *sexo anatómico*, la *identidad de género* y la *performance de género* (actos, gestos, que parecen revelar una identidad y que, en realidad, la están fabricando mediante signos corporales y otros medios discursivos). Al imitar el género, dice Butler, se pone de manifiesto que el género mismo tiene una estructura imitativa y es de carácter contingente, dramatiza el mecanismo cultural de su fabricación. Pero la noción de parodia del género no supone que puede haber algún original que se está imitando, sino que se trata de una parodia de la noción misma de un original. Así como la noción psicoanalítica de identidad sexual está constituida por la fantasía de una fantasía, por la transfiguración de un otro que ya es una *figura*, la parodia del género revela que la identidad original es una imitación sin ningún origen empírico. La coherencia del género es una ficción reguladora, que se establece como identidad reificada en función de intereses y relaciones de poder. La práctica política feminista, según Butler, no requiere la postulación de una identidad transhistórica de las mujeres, sino estrategias de coalición que no presuponen ni filian a sus sujetos en un lugar determinado, sino que admiten la posibilidad de posiciones subjetivas complejas y variadas.

Esta perspectiva conduce también a una limitación de las pretensiones de verdad y cientificidad de las teorías con las que se trabaja, para limitarse a utilizarlas como instrumentos de análisis que permiten reconstruir —o construir— una variedad de sentidos. Es por ello que el feminismo no se ha inspirado tanto en la vertiente clínica del psicoanálisis como en su dimensión de teoría de la cultura y técnica de lectura de textos de diversos tipos, como la crítica literaria, los estudios epistemológicos y la teoría cinematográfica.

Elizabeth Grosz⁴⁵ es una de las autoras que consideran al psicoanálisis como un método de lectura y de interpretación, entendiendo tanto al sujeto como a la teoría misma como construcciones discursivas. Grosz ha formulado una explicación de los desarrollos lacanianos con una actitud que considera como la más adecuada, de «ambivalencia».

Marianne Hirsch tampoco acepta la autoridad epistemológica del psicoanálisis como teoría, por lo que construye los textos psicoanalíticos como *ficciones* útiles para el análisis feminista y sugiere «leer los textos teóricos como ficciones y las ficciones teóricas junto con las literarias» (pág. 11). La deconstrucción de la dicotomía teoría/ficción puede ser positiva para el psicoanálisis mismo, pero debemos tener en cuenta que la textualización de la teoría psicoanalítica presupone, y a la vez exige, dejar de lado su dimensión clínica: la mayoría de los trabajos encuadrados en la literatura, la filosofía y los estudios culturales tienen una postura crítica con respecto al psicoanálisis como psicoterapia. Quizás una de las razones para ello sea la necesidad de tomar distancia con respecto a los problemas psicológicos o psicopatológicos. En algunas ocasiones las críticas se orientan hacia las tendencias conservadoras que han investido la práctica clínica y las instituciones que gestionan el poder profesional de los psicoanalistas. Pero esta pérdida de contacto con la práctica clínica tiene un alto coste, ya que no se puede pensar en las proposiciones psicoanalíticas fuera de la articulación entre teoría y clínica, sin desvirtuarlas. Se suele desconocer que el dispositivo psicoanalítico ofrece un espacio en el cual el sujeto puede articular su historia y acceder al reconocimiento de sus deseos, hablar y ser escuchado fuera de los marcos coercitivos del sentido común y de la convención, dar voz a todo aquello (pulsiones, representaciones, significados) que no cuadra con la identidad asumida por su yo, y que lo hacen fracasar cuando emergen bajo la forma de síntomas, sueños, lapsus.

⁴⁵ E. Grosz, Jacques Lacan: *A Feminist Introduction*, Nueva York y Londres, Routledge, 1990.

Se puede observar que las relaciones entre psicoanálisis clínico y discurso académico varían en función de diferencias geográficas y culturales. Así, por ejemplo, el universo cerrado de la vida académica en los Estados Unidos ha logrado mantener una separación neta entre teoría y clínica, que no se observa tan claramente en Europa. Igualmente, la enorme influencia y popularidad de los trabajos de Chodorow y otros textos afines es específica de los Estados Unidos; la recepción de estas teorías en Gran Bretaña y otros países europeos ha sido más parcial y crítica excepto, quizás, en Italia. Aunque no es fácil dilucidar las causas de este fenómeno, podemos señalar que quizás haya incidido el desarrollo de una crítica feminista de la escuela inglesa de las relaciones objetales en su país de origen, así como la mayor influencia de la tradición freudiana y lacaniana en Francia. Jane Flax es una de las pocas autoras que une la experiencia clínica a su formación teórica; de ahí el interés que presenta su obra.

Quizás *Conflicts in Feminism*⁴⁶ sea la colección de ensayos más importante desde que se editara *Feminist Studies/Critical Studies*⁴⁷. En esta compilación, veintitres autoras diferentes recogen los debates de polarización —e incluso paralizaron— las intersecciones del feminismo y el psicoanálisis en los años 80. Los trabajos incluidos pueden clasificarse en cuatro grupos, según sus objetivos:

- Esclarecimiento de opiniones opuestas.
- Reformulación de los términos de la controversia.
- Estudio de casos situados en el límite entre dos interpretaciones opuestas.
- Conversaciones, diálogos y debates.

En términos generales, se puede apreciar que las conclusiones de los diversos análisis tienen algunos puntos en común, sobre todo en lo que respecta a la necesidad de reco-

nocer, al mismo tiempo, la similitud y la diferencia entre mujeres y hombres; la búsqueda de soluciones para los problemas de las mujeres tanto en la esfera pública como en la privada; la comprensión del cuerpo de la mujer como algo que es tan natural como cultural; y el reconocimiento de las reivindicaciones universalistas de las mujeres, sin abandonar la insistencia en las diferencias existentes entre ellas.

La obra de Jane Flax fue publicada también en 1990 en los Estados Unidos, y podemos muy bien situarla en esta perspectiva interesada tanto en las áreas fronterizas entre diversas disciplinas como en el desmantelamiento de las antinomias y la búsqueda de nuevas articulaciones entre los términos en juego. Es por ello que me pareció necesario, para presentar su trabajo, reseñar la historia de las controversias que, en cierto modo, aquél culmina al tiempo que resuelve.

SILVIA TUBERT

⁴⁶ Marianne Hirsch & Evelyn Fox Keller, *Conflicts in Feminism*, Nueva York y Londres, Routledge, 1990.

⁴⁷ Teresa de Lauretis, *Feminist Studies/Critical Studies*, Bloomington, Indiana University Press, 1986.